

# Capítulo 62 - Rasguño Apurado - El Juego en Carrousel: Una Película de Terror LitRPG

- [Capítulo 62 - Rasguño Apurado - El Juego en Carrousel: Una Película de Terror LitRPG](#)

# Capítulo 62 - Rasguño

## Apurado - El Juego en Carrousel: Una Película de Terror LitRPG

Vivir en Carrousel era extraño en muchas maneras, pero lo que más destacaba no era la constante sensación de peligro inminente ni los residentes misteriosos; era el pequeño hurto cotidiano.

En cada lugar al que íbamos, nos encontrábamos extendiendo la mano, tomando lo que deseábamos y metiéndolo en nuestras bolsas. ¿Una barra de bálsamo labial a la venta en un puesto de periódicos del vecindario? Mejor cogerla.

¿Gel antibacterial en el baño del restaurante? Creo que me lo llevaré.

¿Una almohada del elegante hotel donde nos alojamos? Se va en la bolsa. Las almohadas no pesan mucho, y nuestras etiquetas mágicas sólo se fijaban en el peso. Lamentablemente para mí, había usado mi etiqueta en los bolsillos de mi sudadera, lo que hacía impráctico robar las almohadas.

Aún así, siempre llevaba conmigo todo lo que necesitaba. Barras de chocolate de la mini bar del hotel, de marca desconocida? Son mías. Carrousel exigía monedas para comprar en sus tiendas especiales como el emporio psíquico o la tienda de empeños. Incluso el Club del Ahorro Eterno cobraba por compras en volumen, a menos que superaras la historia allí.

Pero el decorado, eso podía ser saqueado con cautela.

Se decía que Roxy era tan buena robando escenas de escenarios de películas que verla recorrer los sets era como observar a un espía siendo perseguido por un bazar al aire libre. Encontraba una bufanda aquí, unas gafas de sol allá. Antes de que te dieras cuenta, tenía un cambio total de vestuario entre escenas.

Yo principalmente usaba el hurto para conseguir artículos de tocador, caramelos y pilas para mi Walkman de marca desconocida.

Eso era lo que pensaba mientras despertaba más de un mes después del incendio en la fábrica. En realidad, no había pasado un mes, pero el calendario decía que sí. 12 de febrero de 1984. La catástrofe en el set estaba por suceder.

Estaba durmiendo en el sofá de la casa alquilada por mi personaje, mirando hacia las colinas de Carrousel—no exactamente en ellas, sino en un vecindario de clase media alta, cercano a la zona. Sí, mi personaje tenía una casa moderna y cara que haría sentir orgulloso a un pequeño villano de Bond.

Era uno de esos lugares con techo plano y paredes de cristal. Lo odiaba. Vivíamos en un escenario infernal de película de terror. No podía dejar las luces encendidas porque sabía que algo que se movía en la noche me estaba observando.

Tampoco podía dormir en la habitación de la casa porque allí dormía Ramona. Le gustaba tener la puerta cerrada entre ella y el mundo por la noche. No la culpaba. Era una compañera de piso amable, pero todavía no éramos amigas. Cuando conversábamos, era de manera amistosa y distante. Por muy extraña que me pareciera ella, a ella le parecía aún más extraña yo.

El sofá en el que dormía estaba en el segundo piso, con una vista privilegiada del bosque abierto. No veía mucho a Ramona; sin embargo, podía escucharla rasguear una guitarra en la habitación de abajo, bastante seguido. Era la guitarra de mi personaje, pero no parecía que tocara mucho. Como la mayoría de sus posesiones, servía para sugerir una vida rica y plena que no creía que realmente tuviera. Era superficial, incluso para un PNJ.

Mientras me estiraba, pasé la mano por mi cara y desperté abruptamente al darme cuenta de que había algo allí que no debería estar. La oscuridad cubría el exterior. Al mirar el reloj grande en la pared de su casa, vi que eran las tres de la madrugada.

Sentí alrededor de mi boca y mi barbilla. Era una barba de chivo. Ya tenía una barba de chivo.

¿Qué demonios, Carrousel?

¿Dónde estaba mi sudadera con capucha? Esperaba y rogaba haber robado más crema de afeitar recientemente. La iba a necesitar.

Un mes antes de despertarme con nuevo vello facial, apenas empezaba a aceptar cómo iba a funcionar esta trama.

La mayor parte del tiempo entre el incendio y el desastre en el set de filmación se dedicó a realmente hacer la película para la productora de Carlyle. Tenía en mi coche un cronograma de filmación, además de la llave de mi casa y un itinerario completo para la realización del filme.

Tenía que realizar el trabajo necesario para esta historia.

Kimberly apareció en su camerino—el tipo de vestuario que usan las estrellas de cine en las grabaciones—el día de mi primer rodaje. Estaba muy nervioso al llegar, y todos me miraban fijamente. Contaba con un equipo de NPCs a mi disposición.

Carrousel realmente quería que hiciera la película.

Estábamos en el set de producción, filmando en un escenario que representaba un vecindario completo y la sensación de un bosque detrás de las casas. Este lugar se reutilizaba en diferentes filmes. Hoy, grabábamos las escenas interiores que Carlyle y yo habíamos discutido previamente: la heroína hablando con su madre mientras el asesino acechaba afuera.

“Reúnanse, por favor,” dijo uno de los NPCs. Su nombre era Beverly. Era la Asistente de Dirección de la película.

Mientras el elenco y el equipo se congregaban, vi a Kimberly salir tambaleándose de su camerino y observar su entorno. Un NPC la instó a unirse al grupo. Cuando me vio, una sensación de calma la invadió.

Beverly, la Asistente de Dirección, continuó llamando a las personas hacia ella. Luego, dijo: “Todos, este es Riley Lawrence, nuestro nuevo director. Por favor, presten atención.”

Entonces, todos se volvieron hacia mí.

Espera un momento, ¿no era ya mi personaje el director? No estábamos en pantalla, así que supongo que eso estaba bien, pero fue raro que me presentaran cuando “yo” ya había dirigido la primera parte de la película.

En fin.

¿Qué se suponía que debía decir?

“Vamos, gente, todos sabemos qué hacer. Trabajaremos fuerte y cumpliremos con el cronograma,” dije, intentando que se materializara. “Ahora, prepárense para el rodaje. ¿Ya distribuyeron el nuevo guion?”

“Pronto será,” contestó Beverly. No había acabado de decirlo cuando un asistente de algún tipo salió de una oficina en la esquina más lejana del conjunto y empezó a repartir la versión reescrita de la escena de la que hablé con Carlyle. Las hojas indicaban que yo las había reescrito. No recordaba haberlo hecho, pero el resultado final era bastante parecido a lo que habría hecho.

“Muy bien, gente,” dije, mirando a Kimberly. “Vamos a hacer una pausa de diez minutos.”

Obedecieron, dándonos a Kimberly y a mí tiempo para hablar.

“Este es el set de filmación,” dijo Kimberly. “El artículo de noticias sobre el accidente en el set—¿crees que eso es lo que estamos viviendo?”

Ella estaba un poco atrasada.

“De momento no,” respondí. “Pero lo será.”

Apenas habíamos comenzado la Fase de la Fiesta. Ella no conocía todo lo que había ocurrido en el día o en los días previos en la fábrica. Hice lo posible por explicárselo.

“Estamos fuera de pantalla,” dijo ella. “Los NPCs todavía mantienen su carácter.”

Era bastante extraño. Estábamos fuera de pantalla durante todo esto. Las escenas que no iban a formar parte de la película final simplemente no se grababan. Hubo unos momentos en los que me di cuenta de la razón.

Carlisle estaba en el set. Era imprescindible que así fuera. Los Geists parecían desconocer la verdadera naturaleza de Carousel. Los NPCs no apagaban su comportamiento a su alrededor. Era así de simple. Todos actuaban a pleno rendimiento en presencia de los Geists.

—Los Geists están viviendo la trama de "El Show de Truman", —dije—. No podemos permitir que descubran que todo esto es falso o... No sé qué podría suceder entonces.

—He oído hablar de "El Show de Truman", —dijo Kimberly—. ¿Era una película de horror?

—Sí, —respondí—. Solo que enmascarada como otra cosa.

—¿Yo soy actriz? —preguntó.

Ella absorbía toda la información, intentando proyectar serenidad. Sin embargo, era mucho para asimilar de golpe.

—Sí. Le conté a Carlisle que eres buena, así que haz tu mejor esfuerzo, —dije.

—De acuerdo, —respondió, tomando una profunda respiración—. Sabes, una vez participé en un anuncio en YouTube.

—No lo sabía, —le dije.

—Fue para un gel para la piel. Quisieron que grabáramos cómo lo usábamos. Hice toda una demostración. Solo usaron una toma donde mi rostro está cubierto de burbujas, —comentó—. Detestaba ese producto. Era pegajoso.

—Hmm, —murmuré—. Nuestras vidas en el mundo real quedaron tan atrás que había olvidado la mini carrera de influencer de Kimberly. Si Carlisle pregunta, dile que has tenido más experiencias. En la oficina hay una foto tuya con tus trabajos; él también ha visto al menos algunas de nuestras interpretaciones.

—Gracias, —dijo—. Espera, ¿qué historia es esa?

—La de un laboratorio clandestino, "El Sujeto de la Investigación", es todo lo que sé. Supongo que le dijeron que era una película de verdad.

Asintió con nerviosismo.

No podía culparla. Yo también estaba nervioso. Normalmente, saber que hay una audiencia observando es algo que logras ignorar. Es más, estaba tan enojado con ellos por su papel en que

quedáramos atrapados aquí, que no me importaba si disfrutaban de la función más allá de lo necesario para que pudiéramos sobrevivir.

Carlyle era distinto. Sentía incertidumbre sobre si le gustaría mi trabajo. Parecía tan improbable. Solo había trabajado en unos pocos cortometrajes universitarios, y esas eran simplemente tareas asignadas. Dirigir una verdadera película falsa era un paso enorme.

—Riley —llamó Carlyle desde lejos—. Suena ronco.

—Señor Geist, —le respondí—. Me preguntaba dónde se encontraba.

—Arrastrándome fuera de toneladas de metal fundido, —dijo—. De forma metafórica, si no literalmente. ¿Qué tal va el guion? ¿Reescribiste esa escena?

Asentí y le entregué mi copia del guion revisado.

Empezó a leerlo de inmediato. Kimberly y yo observamos cómo pasaba página tras página con rapidez.

—Maravilloso —dijo—. Si el resto del guion recibe este mismo trato, creo que estamos en el buen camino.

—Ella es Miss Madison, —dije—. Nuestra protagonista principal.

—Por supuesto, Kimberly Madison, —reconoció—. Perdone mis modales. A veces tengo la cabeza en otra parte. Estoy muy entusiasmado por ver lo que puede hacer.

—Yo también, —respondió—. Tengo que practicar mis líneas. Con permiso.

Se dirigió directamente a su tráiler. Algunos NPCs la señalaron como si fuera una celebridad.

—Nos vemos en el set. Espero una llamada sobre aquel entuerto de anoche, —dijo Carlyle.

Se alejó con mi copia del guion. Minutos después, el mismo asistente que había visto antes regresó y me entregó una nueva copia. Carousel siempre vigilaba.

—Recuerda, Kimberly—le dije—. No podemos escuchar lo que estás diciendo en esta toma. Nos estamos centrando en la escena desde el exterior. Sonarás distanciada. Todo tu acting lo harás con el rostro y el cuerpo aquí.

Kimberly asintió y respiró profundamente.

—Acción—, dije.

Kimberly empezó a hablar por teléfono con la madre de su personaje. Yo estaba debajo, observando la escena desde cerca de la cámara. Curiosamente, podía ver lo que la cámara captaba en el fondo de papel rojo. La función de mi Monitor del Director no mencionaba esa

capacidad. Era divertido. Eso era, técnicamente, para lo que servía un monitor de director.

El Carrusel, o al menos quien inventó los tropos, tenía sentido del humor.

—¿Qué estás pensando?—preguntó Carlyle mientras la escena avanzaba. La cámara se movía, siguiendo el camino que tomaría el asesino.

—Estamos jugando a que ella está nerviosa por el gran baile—dijo—. Me gustaría intentarlo con ella confiada. Quiero decir, todavía no sabe que la están observando. Me gustaría verla emocionada y segura de sí misma mientras se mira en el espejo.

—Vamos a intentarlo—, dijo Carlyle.

Y así lo hicimos.

Probamos esa idea y otras varias que tenía en mente. Carlyle podía permitirse la película porque en esta dimensión el dinero no era problema.

Colocamos una cámara donde estaba el espejo; la volvimos a grabar.

Kimberly lo hizo muy bien. Siempre fue la mejor actora del equipo.

El tiempo pasó volando. Ni siquiera estaba seguro si era por la magia del Carrusel. Observé cómo Kimberly trabajaba. Grabamos algunas escenas de su personaje dándose cuenta de que estaban observándola. Kimberly era muy buena asustada. Supuse que todos lo éramos. Parecer temerosa era lo más natural del mundo.

Así pasaron los meses para Kimberly y para mí. Ella realmente era una estrella. Carlyle estaba verdaderamente impresionado.

Tuvimos que volver a grabar algunas escenas de la casa y la escena en el espejo de Kimberly en exteriores, en el norte del Carrusel. Esta vez, filmábamos la casa real, con la cámara acechando como el asesino. Kimberly casi no hacía nada más que estar de pie, en caso de que la viera en esas escenas.

Grabamos escenas de persecución por el bosque. Coreografiamos escenas de lucha. Filmamos a Kimberly besando a su interés romántico justo antes de que fuera mutilado.

Carlyle gritó “corten”. Ese era mi trabajo. Sentí vergüenza por haberlo defraudado.

—El grito es extraño—dijo—. No tiene personalidad. Toda reina del grito debería tener un arsenal de alaridos. Esto es demasiado genérico.

No estaba equivocado. Por un momento, pensé.

Kimberly aceptó la crítica con estoicismo, aunque noté que se sentía mal por haber cometido un error.

—Entonces, deberíamos hacerlo en etapas—, dije—. Primero, ella gritará de puro terror. Esa es la primera fase. Luego, a partir de la persecución hacia los muelles, gritará no por miedo sino pidiendo ayuda. Trata de atraer atención. Y en el final, ella gritará no por temor sino por rabia. La última fase.

Carlyle lo meditó y dijo—. Como una valquiria.

Asentí.

—Kimberly—le dije—. ¿Lo tienes?

Asintió. —Entonces, ¿esta escena sería un grito de miedo, verdad?

—Vuelve a meter esas entrañas en ese tipo—, le dije—. Tenemos otra toma. Haremos una de práctica, ¿vale? Después, la verdadera.

Kimberly sonrió inexplicablemente.

La escena había sido reiniciada, y allí nos lanzamos nuevamente.

Seguimos filmando más escenas en el episodio final. Ramona aún acechaba cerca de la casa de mi personaje. Ella había decidido acompañarme a casa porque sabía, tras años de investigación, que vivía en un vecindario respetable. Solo conversábamos sobre temas triviales. Comida. Trabajo. El significado del libre albedrío. Cosas normales de compañeros de piso.

Durante ese tiempo, no vi a Antoine, Cassie ni a Isaac. Tenía la certeza de que estaban allá afuera grabando escenas y explorando el mundo de la historia. Solo que lo hacían sin mí cerca.

No aparecía mucho en la pantalla. Cuando era así, lo hacía con Kimberly. Ella probablemente era uno de los personajes principales. Antoine también. No había visto a Dina, y solo había insinuaciones sobre Bobby. Se acercaba una escena en la que el asesino atacaría a Kimberly, pero ella hábilmente envió a unos perros tras él.

Supuse que él era el tipo que proporcionaba los perros para la producción. El tiempo diría la verdad.

El puntero del Ciclo de la Trama apenas avanzaba. Esta versión de la historia estaba diseñada para quienes ya la habían probado antes. Estaba haciendo cosas que asustarían a los novatos.

Carlyle disfrutaba el momento. Charlábamos mucho, los dos. Me contaba historias del pasado del cine. Relatos de la época en que su padre hacía películas. Se reía y recordaba con cariño sus primeros años. Nunca mencionaba ser CEO de alguna de las empresas que había dirigido.

Sentía que le molestaba tener que ocuparse de esas empresas.

“No tener dinero no significa que puedas hacer lo que quieras,” decía con la mirada perdida.  
“Siempre hay algo que interfiere.”

Quizá esa era la trampa que Carousel le había tendido. Todo el dinero del mundo, pero sin tiempo para gastarlo en lo que amaba. Esa no era la peor suerte, pero en el cine, los ricos infelices son algo habitual. Tal vez nos gustan las historias de millonarios miserables por una especie de schadenfreude. O tal vez solo porque, en igualdad de circunstancias, preferimos no recordar nuestra propia miseria financiera. Solamente vemos películas de personas adineradas tristes porque eso nos permite escapar.

Y la gente veía a Carlyle. Al menos alguien lo hacía, porque su vida nunca se detenía. Siempre había algo en marcha: accidentes de tráfico, discusiones fervientes entre amantes, cosas que pasaban constantemente. Una vez, un hombre adicto a las drogas se topó con él durante una comida. Reconoció al hombre como un viejo amigo de la época.

Eso era su vida. Drama. Tensión. Cuanto más pasaba tiempo con Carlyle, más comprendía a Jed, que solo quería huir de todo eso.

Finalmente, Carlyle me dijo que se tomaría una semana en un spa del oeste. Me prometió que volvería para ayudar a filmar el episodio final.

Por supuesto, esa semana nunca llegó para mí. Me desperté una semana después de nuestra conversación. El tiempo pasó volando, como un niño en el recreo. Carousel me había puesto un pequeño candadito en la barba para demostrar que había pasado el tiempo.

Me levanté del sofá y encontré mi itinerario, confirmando que el tiempo había transcurrido. Había dibujado pequeñas "X" rojas en todos los días que transcurrieron sin que yo lo supiera.

Seguí tocando mi barba de начин extranjera. No me gustaba; era incómoda y, además, no parecía buena. ¿Por qué me la había obligado Carousel a crecer?

Tomé mi tiempo, porque al dirigirme al baño, me di cuenta de que estaba en la pantalla.

La primera sangre estuvo cerca, pero no lo suficiente.

Aún así, un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Mi personaje era secundario. Podría ser muerto fácilmente antes de la primera sangre, y luego mi cuerpo podría ser descubierto después. Eso era algo que no había considerado posible antes. Sentía que hacía falta un tropo especial para que sucediera. No había visto aún al enemigo, así que, mientras caminaba de puntillas por mi terrible vivienda alquilada, sentí la inevitabilidad de mi muerte en el futuro.

Me dirigí al baño de arriba porque su luz permanecía encendida por alguna razón. En camino, mi sudadera con capucha (o al menos la chaqueta con la que Carosel la había sustituido) colgaba en el armario. La tomé y me la puse. No quería morir en ropa interior y nada más. Mis jeans estaban arrugados en el suelo. Esos me puse. Mis zapatos... estaban cerca de la puerta. ¿Por qué no los había dejado cerca?

Seguí acariciando mi extraño barba facial. Eché un vistazo en el baño. Vi una navaja de metal sobre el lavabo, cerca de la pila. Carosel era clara. Quería que me afilara. Yo también quería afeitarme, pero esperaba hacerlo fuera de escena.

Sonó un fuerte timbre. Era el teléfono. Mi personaje tenía un teléfono fijo con uno de esos largos cables de antaño.

Contesté.

“Hola, Riley,” dijo Kimberly al otro lado.

“Kimberly,” respondí. “¿Qué pasa?”

¿Recuerdas esa escena en la que mi personaje se prueba ropa cerca de unas ventanas? preguntó.

Sí.

¿Y el asesino observa desde afuera?

Sí.

Pensé que esa era una escena muy buena y deberíamos hacer algo parecido otra vez. Quiero decir, no exactamente esa, pero algo así. Era una escena realmente inquietante, ¿sabes?

Entiendo a qué te refieres, dije. Realmente hacía que el personaje pareciera amenazante.

¿Sabes a qué me refiero, verdad? No esa escena, sino algo similar. ¿Ves a qué me refiero? preguntó.

Estaba exagerando bastante.

Ella percibió algo. Supe que en ese momento vio el punto de vista del asesino, justo como yo había visto al asesino en el papel tapiz rojo en la fábrica. Probablemente el asesino podía verme en ese instante, pero yo no podía verlo a él por la luz encendida.

Esperaba que Ramona permaneciera en su habitación.

Sabía lo que quería Carosel; justo en ese momento, yo también lo deseaba. Si lograba echarle un vistazo al enemigo, finalmente entendería qué estaba tramando. Esa era la oferta que se hacía: obtener una mirada a los tropos del enemigo. Carosel obtiene... ¿qué exactamente? ¿Una oportunidad para matarme? ¿Una escena tensa? Quizá solo quería saludar después de un largo silencio.

Caminé lentamente por el baño. El lavabo y el espejo estaban colocados en un lugar absurdo—justo en la esquina de la habitación, junto a dos ventanas. La bañera y el inodoro no eran visibles desde afuera, pero el lavabo sí.

Me acerqué al lavabo y me aseguré de mantener la vista en el espejo.

“Que el asesino observe desde fuera fue algo realmente aterrador,” dijo Kimberly.

Lo entiendo,” respondí.

Miré hacia abajo en la repisa del lavabo y vi la navaja y un pequeño frasco de crema de afeitarse. Iba a robar esos objetos.

“Sí,” dije. “Muy pronto tendremos que hacer otra escena como esa.”